

LA POSVERDAD COMO OCULTAMIENTO DE LA VERDAD EN EL POSCONFLICTO ARMADO COLOMBIANO



Carlos Hernández

Palabras clave: posverdad, víctima, posconflicto, conflicto armado.

En medio de estas reflexiones, hay significaciones sociales y filosóficas del ocultamiento de la verdad, que llevan a plantear: ¿Qué se comprende por verdad? ¿Qué implicaciones éticas, políticas y sociales hay en el ocultamiento de la verdad? Y, ¿cómo se está configurando una posverdad desde las comunidades víctimas de la violencia, pero también desde los otros actores del conflicto?

Cuando se indaga en documentales, investigaciones y memorias sobre el conflicto armado colombiano, nos encontramos con algo en verdad desgarrador, se trata en su mayoría de testimonios que logran de entrada un alto grado de sensibilización sobre el conflicto armado en nuestro país. El carácter de estos documentos fundamentalmente es de trasfondo pedagógico, en los que se pretende sensibilizar a las personas frente a la temática expuesta sustentándose en la estadística, el testimonio y la importancia de la memoria histórica para que los pueblos no repitan sus desgracias. Se debe tener en cuenta que los sucesos tienen al menos dos versiones (dos historias): la que cuentan los vencedores (oficialismo) y, otra, la que cuentan sus reales protagonistas, las víctimas y los actores. En ese orden de ideas, se puede entender que perdura el conflicto de la *invisibilización sistemática de algunos actores o acciones*, en principio por el uso de los medios masivos —generalmente al servicio de las estructuras de poder— quienes tienen la aparente tarea de informar, pero en realidad desinforman frente a los registros y la fuente oral emanada de los propios actores. A tal deducción se llega fácilmente cuando nos preguntamos: ¿A qué hora ocurrió todo esto?, ¿cuál es mi compromiso como constructor de paz del país, si no se reconoce el estatus de víctima de tanta población afectada?



Entonces, cuando tenemos la oportunidad de hablar con las comunidades afectadas, nos preguntamos ¿Es posible entender las versiones de una misma verdad como un ocultamiento de la verdad misma en el posconflicto?

Así las cosas, en el marco del posconflicto se puede hablar de un ocultamiento de la verdad, pero ¿Hasta qué punto la verdad en el posconflicto implica una disonancia de los hechos? A partir de esta propuesta, se pretende abordar el tema de la verdad desde una perspectiva de la posverdad, de cómo se está configurando la posverdad desde los diferentes actores implicados en el conflicto armado colombiano, de sus implicaciones éticas, políticas y sociales; para lo cual, podemos iniciar preguntándonos: ¿De qué manera los procesos de versión de la verdad configuran un ocultamiento de la verdad misma en el posconflicto?

Por diversas fuentes se sabe que la verdad no se cuenta totalmente, que aparentemente la verdad de los hechos integra la memoria y la historia, pero también, en el ámbito académico se reconoce que pueden configurar verdades diferentes desde ópticas diversas. Walter Benjamín nos comparte una interesante reflexión cuando aborda esta temática, que se resume en la famosa frase: “La historia la escriben los vencedores”, la cual, si bien se atribuye —además de Benjamín— a Churchill y a George Orwell, nos remite a la *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, en la que Benjamín (2008) expone:

[. . .] Cuando se pregunta con quién empatiza el historiador historicista. La respuesta resulta inevitable: con el vencedor. Y quienes dominan en cada caso son los herederos de todos aquellos que vencieron alguna vez. Por consiguiente, la empatía con el vencedor resulta en cada caso favorable para el dominador del momento. El materialista histórico tiene suficiente con esto. Todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. Y como ha sido siempre la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal (pp. 41-42).

Entonces, más allá de conocer la historia de la lucha por la defensa de los derechos humanos — que supone un fundamento para los propios activistas—, debemos preocuparnos por recuperar la memoria histórica de los hechos que causaron dichas reivindicaciones, es decir, es importante luchar, pero es más importante aún saber por qué se lucha.

Este tema tiene claras implicaciones éticas, políticas y sociales que le dan una gran relevancia desde la reflexión filosófica, además, es de entera pertinencia como quiera que nuestra actualidad política exige un interés connotado al cumplimiento de los acuerdos que se suscribieron en el tratado de paz. Hay que reconocer que existen diferentes versiones de los hechos, pero además, que hay una necesidad imperiosa de que se revele la

verdad para que a partir de ella se construyan los caminos de reconciliación, los cuales son evidentemente las condiciones para que un programa de justicia, paz y reparación alcance los ideales que se proponen para una paz duradera y positiva.

Ahora bien, el reconocer que la verdad se configura de diferentes maneras, incluso ocultándola, es entender que las comunidades conviven con una gran cantidad de razones que les impide construir una memoria confiable de los sucesos que las afectaron y, consecuentemente, llevar a que la verdad no se cuente totalmente, o se produzca directamente el ocultamiento de ella.

En este sentido, se reconoce en los actores del conflicto la configuración de una posverdad como ocultamiento de la verdad en el marco del conflicto armado colombiano, y es posible identificar el impacto de esta configuración en las dinámicas sociales, económicas, éticas y políticas en los procesos de reconciliación y justicia. Además, busca analizar las versiones conocidas sobre algunos hechos violentos del conflicto armado desde diferentes actores; colegir las versiones sobre los hechos para establecer claves sobre la configuración de la verdad en los diferentes contextos de los actores del conflicto; e interpretar las dinámicas de la construcción de la posverdad en el marco del posconflicto armado colombiano, estableciendo sus implicaciones éticas, políticas y sociales.

Aristóteles afirma que: “[...] la recta razón es la que juzga la prudencia”, y en esa misma línea, asegura que: “[...] las virtudes no se alcanzan sin la prudencia” (Aristóteles, 2004). Evidentemente, en nuestra actualidad se puede esgrimir que la falta de tolerancia hacia la diferencia, las estigmatizaciones, la radicalización en las ideologías y, por supuesto, los intereses que median en los actores del conflicto, han dado como resultado el odio desmedido y la falta de capacidad para reconocerse en la alteridad de desarrollar empatía y de identificarse como parte de una misma nación; en tal sentido, se puede sustentar que la prudencia, o más bien, la ausencia de ella, ha producido estos y otros males que aquejan a nuestro país.

Al identificar las características alrededor de los hechos violentos, propios del conflicto armado colombiano, se evidencia una estructura de causas sistemáticas presentes en la mayoría de actos terroristas con dos bandos claramente identificados (guerrilla y paramilitares), y una fuerza armada del Estado que se inclina tradicionalmente por la ideología de derecha, que da como resultado inicial una confrontación en la búsqueda del poder en los territorios y, en la supremacía de unos sobre otros. Está claro también, que ningún actor en el conflicto tiene como fundamento ético seguir al filósofo estagirita y actuar en términos prudentes y respetuosos para alcanzar la virtud.

Así mismo, cada suceso conocido de esta inacabable violencia tiene tantas versiones como actores, por ejemplo, se ve que las cifras del documento del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) (García, 2008), están apoyadas en las investigaciones de las entidades que los activistas por los derechos humanos integran y defienden, y se sabe que en la mayoría de los casos no coinciden con las “estadísticas oficiales”.

Cuando nos apropiamos de una memoria histórica, pretendiendo encontrar la verdad, comprendemos nuestras luchas, reivindicamos nuestros derechos y alzamos nuestra voz; acabamos con el mutismo que ha permitido que el país se hinque ante la barbarie. En relación con lo anterior, es muy valioso el argumento de Jorge Mendoza (2010), quien sostiene que:

El silencio es un camino que conduce al olvido, que trae consigo el entierro de calamidades, de sucesos que no se quieren exponer. La memoria tiene la virtud de desenterrarlos, de comunicarlos, de exponerlos [...] El mutismo achica la realidad pasada de una colectividad, porque omite acontecimientos o periodos importantes de una sociedad. El lenguaje amplía la intersubjetividad, la realidad comunicativa de los sucesos que una sociedad experimentó en tiempos anteriores. El primero crea zonas vacías, hoyos negros; el segundo enriquece las versiones que sobre las experiencias significativas pasadas ha tenido una sociedad” (citado en Robles et al., 2011).

La memoria puede ser parcial y subjetiva, está ordenada según nuestras creencias, idiosincrasia, y cultura, pero cuando se trata de defender nuestra dignidad y la de la comunidad, es necesario reconocernos como un todo, como una fuerza unida capaz de hacerse sentir y defender, es decir, debemos valernos de la memoria histórica colectiva, solo de esa misma forma se pueden controvertir las versiones “oficiales” de los hechos que hacen los medios de comunicación, por ello, es importante el contacto directo con los actores para que nos cuenten “la otra historia”.

En la actualidad, la experiencia nos muestra una sociedad fragmentada, señaladora y categorizada, en que a pesar del “estatus de ciudadano”, en la práctica existen privilegiados poderosos que manipulan a los más vulnerables para que peleen por ellos (bajo otras supuestas causas), mientras siguen acrecentando su poder y dinero, lo cual los pone en la posición de manipular las políticas públicas a su beneficio.

Así mismo, es importante reconocer la incidencia de las posturas de filósofos y escuelas antiguas en la estructuración de la ética en esta contemporaneidad; sin lugar a duda, las ideas de los antiguos griegos han calado en el pensamiento occidental moderno y actual. El comprender estas raíces, favorecerá la reflexión crítica frente al estado actual de la crisis de los valores, del deterioro de los principios éticos y políticos y, consecuentemente, se podrá tomar posiciones que generen transformaciones del entorno inmediato, propio de nuestro rol como unadistas.

De otra parte, al conocer las características de actos terroristas asociados al conflicto armado colombiano y, estableciendo una relación con los sistemas y posturas éticas, se facilita la comprensión de dicho fenómeno con el objetivo de ser individuos reflexivos y reconocer en esta problemática un compromiso de todos los colombianos para coadyuvar a establecer vínculos de confianza y tolerancia que, junto al rescate de valores éticos y espirituales, fortalezcan la reconciliación y transformen las esperanzas de paz en una realidad tangible y concreta.



Sin embargo, esa paz y reconciliación se deben sustentar en la verdad, una verdad que ayude a sanar las heridas que dejó el conflicto, que coadyuve en la reconstrucción de un país golpeado y esperanzado; que logre reivindicar nuestro derecho, y en especial, el de las víctimas a recuperar la memoria y la verdad.

Entonces, ¿qué es memoria?, ¿qué conservamos en ella? Al respecto, Barbero (2011) señala que Walter Benjamín planteó la diferencia entre la memoria a preservar, pues rescata un pasado “ya hecho”, y la memoria a movilizar, que él ligaba al hacer memoria. La primera es la memoria del pasado a celebrar. La otra muy distinta es la que redime un pasado aún vivo, plural y a contratiempo, activándolo para desestabilizar los autismos del presente (Barbero, 2011).

Es decir, el concepto de memoria y lo que deseamos preservar, es complejo; más aún cuando hablamos de historias no concluidas y de memoria viva, que nos moviliza y aún nos duele. Es reconocer el pasado para construir el presente. En tal sentido, es un acto de memoria a preservar el “celebrar” un 20 de julio y, de hacer memoria, el recordar con una exposición artística o con un *performance* la masacre de El Salado.

Barbero también señala que, en un país pluriétnico y multicultural como este, no existe una sola forma de ser colombiano, ni tampoco una sola memoria, una sola verdad. La memoria entonces no sería objetiva y neutral, sino inmersa en las subjetividades de individuos y colectivos, lo a su vez la hace múltiple.

¿Cuáles memorias cabrían en Colombia? Son muchísimas las voces que pueden responder esto. Voces que han sido silenciadas e invisibilizadas en la *historia nacional*. La memoria histórica recogida en forma oficial responde a su necesidad de preservar el orden social, y en este sentido, frente a la violencia reduce la memoria de las violaciones de derechos humanos a meras cifras; y no permite comprenderlo como un legado de las organizaciones sociales contra la impunidad.

Con Arendt (2015) se conoce cómo la mentira política responde a acciones sistemáticas de los gobiernos como estrategias para conseguir diversos objetivos, en los cuales los intereses privados priman sobre lo público, el ejemplo de la autora está basado en el estudio del caso de Vietnam, aunque en Colombia somos conscientes de las falacias que los políticos ejercen a diario sobre el pueblo inerte. En Adorno (2010), parece que describiera toda la dinámica de las figuras políticas que en nuestra patria han emergido como salvadores y benefactores de una sociedad en crisis, inventándose enemigos en todas partes y responsabilizándolos de la crisis para luego ofrecer la solución final a cambio de gobernabilidad. Estas figuras carismáticas que manipulan a las masas ejercen tal control que se termina dividido en dos bandos, como si la responsabilidad de nuestros males fuese exclusivamente de nosotros y no de quienes desangran al país.

De igual modo, se argumenta que el concepto de verdad es tanto complejo como subjetivo. Al respecto, Walter Benjamín plantea que quienes perpetúan la historia, son precisamente quienes la han vencido, la memoria y la verdad misma que están orquestadas desde el poder. Así, las clases dominantes tienden a olvidar fácilmente, a sufrir de una “amnesia conveniente”, lo cual no permite una libre reivindicación de ese dominio sujeto a una historia de elitistas. De allí que el ejercicio de la memoria tiene en cuenta esa densidad del tiempo.

De esta manera, al Estado colombiano le compete el deber de internalizar de forma completa y objetiva la información sobre las narrativas de los hechos sucedidos por más de medio siglo en diversas regiones del territorio, como parte de una apropiación de la verdad en el marco del posconflicto. La revelación de la verdad es una condición final de legitimidad en los juicios (Arcos Ramírez, 2016), y en los demás procesos que abarcan la justicia y la reparación; así pues, el documento del Centro de Memoria Histórica (2013) es un importante insumo calificado, toda vez que evidencia los impactos y daños causados por el conflicto armado colombiano que ha afectado de manera directa a las víctimas en sus propios territorios, ha vulnerado sus derechos consagrados en las normativas legales del país, además de los preceptos de tratados internacionales, especialmente violando los Derechos Humanos y configurando crímenes de lesa humanidad.

No obstante, la versión directa de las víctimas es fundamental para conocer de primera mano las versiones de quienes han padecido los horrores de la guerra. Dichas víctimas coexisten con quienes no sufrieron tales acontecimientos, lo cual se ha configurado como un mayor menoscabo para los afectados por la invisibilidad y la discriminación, observándose de esta manera la indiferencia ante el padecimiento de millones de colombianos, no solo por el establecimiento, sino por los disímiles grupos de la sociedad, algunos ajenos a la realidad y otros relacionados a ella a partir de conductas negligentes o dolosas en esta problemática humanitaria. En este marco cabe la culpabilidad metafísica, como aquella que caracteriza a los que no hicieron todo lo que estaba a su alcance para evitar la barbarie (Arcos Ramírez, 2016).

En este contexto, y en el tiempo de un estadio de posconflicto, al menos en lo que se refiere al proceso de paz con las FARC, nos adentramos en la dinámica propia de la reconciliación, pero realmente se hace imperativo reconocer los hechos para que se dinamice la construcción de paz, lo cual conduce a dignificar a las víctimas, puesto que no hay olvido, sino una comprensión de la realidad, de forma que el recordar deje de ser un dolor profundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. L. (2010). *Miscelánea I: Obra completa*. Akal.
- Arcos Ramírez, F. (2016). *La justicia y los derechos humanos en un mundo globalizado*. Dykinson.
- Arendt, H. (2015). *Crisis de la república*. Trotta, S.A.
- Aristóteles. (2004). *Ética a Nicómaco*. El Cid editor.
- Barbero, J. M. (2011, 8 de agosto). El país que no cabe en el museo de doña Beatriz. *Revista Arcadia*. <http://www.revistaarcadia.com/imprensa/articulo/el-pais-no-cabe-museo-dona-beatriz/25905>.
- Benjamín, W. (2008). Sobre el concepto de historia. Tesis VII. En B. Echavarría (Trad. y Ed.), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (pp. 31-57). Ítaca.
- García, M. C. (2008). La lucha por los derechos: por la memoria, la justicia y la dignidad. En *Defender y proteger la vida: la acción de los defensores de derechos humanos en Colombia* (pp. 17-31). Programa Somos Defensores.
- Grupo de Memoria Histórica, G. M. H. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional.
- Robles Rendón, M., Reygadas Robles Gil, R., Escontrilla Valdez, H. A., Cruz Montalvo, F., Hernández Méndez, T., Villegas Cabrera, D. I., ... y Toledo Antonio, R. (2011). Memoria colectiva y creación subjetiva: la lucha ambiental del movimiento "Todos Somos Zimapan". *Política y cultura*, (36), 235-257.